

*Juan Felipe Robledo**

**POESÍA Y MÍSTICA: UN ACERCAMIENTO AL UNIVERSO
SIMBÓLICO DE CARLOS OBREGÓN****

POETRY AND MYSTICISM: AN APPROACH TO THE SYMBOLIC UNIVERSE OF CARLOS OBREGÓN

*Profesor Asistente del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá. Magíster en Literatura de la misma universidad. Su más reciente libro de poemas, *Dibujando un mapa en la noche*, fue publicado por Ediciones Igitur en España en 2008. Es autor de numerosas reseñas de libros de poesía publicadas en revistas académicas y de divulgación y del capítulo "Ricardo Cano Gaviria, un escritor más allá de las fronteras" (*Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*, vol. 2, 2000). Correo electrónico: robledo.j@javeriana.edu.co

** Artículo especialmente solicitado para este número de *Cuadernos de Literatura*. Elaborado en enero de 2010.

Resumen

Carlos Obregón es uno de los poetas colombianos menos leídos y estudiados. Miembro de la generación de Mito, es uno de los pocos poetas de nuestra tradición preocupado por la vivencia mística, marcada por la experiencia del tiempo, el exilio y el silencio. Este artículo lo lee a partir de tres símbolos decisivos en la conformación de su universo: el mar, el viento y el árbol. Intenta desentrañar la riqueza y dificultad de una poesía que pretende el silencio y que transita en los contradictorios espacios de una visión que, al mismo tiempo, exalta y niega la realidad del mundo contemplado por el poeta.

Palabras clave: Carlos Obregón, poesía colombiana, misticismo, símbolos del mundo natural, visión, silencio



Abstract

Carlos Obregón is one of Colombia's least read and studied poets. A member of the Mito generation, he is one of the few poets of the Colombian tradition concerned with a mystical experience marked by time, exile and silence. This article analyzes Obregón's poetry on the basis of three decisive symbols that make up his universe: the sea, the wind, and the tree, in order to unravel the richness and difficulty of a poetry that aims at silence, while moving within the contradictory spaces of a vision that simultaneously exalts and denies the reality of the world contemplated by the poet.

Key words: Carlos Obregón, Colombian poetry, mysticism, symbols from the natural world, vision, silence

UNA LEJANA VOZ que no habla en este tiempo, pero que se encarna en él, y busca la poderosa afirmación del Espíritu, el descubrimiento de los sesgos de una realidad honda y carnal y despojada de mentiras, todo esto convive en los dos libros de Carlos Obregón (1929-1963), *Distancia destruida* (1957) y *Estuario* (1961). Carlos Obregón es uno de los poetas más desconocidos del panorama lírico colombiano, miembro coetáneo de la generación de Mito, y un poeta de la experiencia mística, de tan excepcional singularidad en nuestra tradición, que aun hoy pareciera ser uno de los secretos mejor guardados de la poesía colombiana. Vehemente, misterioso y verdadero, Obregón escribió una breve obra en la que el poder de su palabra lo llevó a un territorio que nuestros poetas han visitado en muy pocas ocasiones. La mística, potencia unitiva que es símbolo extremo de la capacidad analógica del poema, no es una realidad que pueda escamotearse de manera definitiva aun en la contradictoria condición de la poesía moderna, pero es difícil aprehender su sentido sin caer en falsas generalizaciones o confusas formas de explicar aquello que canta desde Juan de la Cruz y Teresa de Ávila en el idioma español, y Carlos Obregón supo dar cuenta de la realidad que lo llevó más allá de sí, sumergiéndolo en un mundo que el poeta invoca: “El silencio gira en torno de la espiga./ La espiga asciende, palpa, escucha./ Y en el filo del exilio/ la noche florece fervorosamente” (85)^{***}, al haber percibido “el ser: mediodía cierto en la pupila ciega” (85). Poemas difíciles al principio, pero que van ofreciendo a manos llenas su fruto valioso si cruzamos el umbral de las primeras lecturas. En la obra de Obregón la fervorosa vocación de cántico al mundo y negación de sus límites está presente en *Distancia destruida* y *Estuario*, sin excesos retóricos. Su Mediterráneo, su azul y sus trigos nos buscan en medio de la dureza de la vida diaria, y podemos descubrir en su vocación por la eternidad un llamado que nos hace salir de las respuestas gastadas y ruinosas de un pensamiento encerrado en su propia enunciación. El poeta nos convoca al viaje, a la aventura vital:

Trae el mar un clamor de soles rigurosos, de castigados bronces que tañen en la tarde.

En el horizonte reverberan mis viajes y en los ojos revive su llamada distante.

Mediterráneo mar de mi vigilia, cada instante en tus olas florece y se propaga como un dios vigilante para cantar la vida con labios victoriosos.

Miro tu tiempo horizontal y puro vencido levemente bajo el ala del viento, miro tu ser con ojos encendidos y despojado avanzo hacia el fondo perpetuo donde todo es hallazgo, donde todo renace en proezas azules de un espacio sonoro. (99)

^{***} Todas las citas de los poemas de Carlos Obregón están tomadas de *Obra poética*. Bogotá: Procultura, 1985.

Cuerpo y espíritu: la indagación mística en el erotismo

Uno de los espacios decisivos conquistados en el universo de esta poesía al salvarse la distancia entre palabras y realidad, entre espíritu y naturaleza, el del erotismo, encuentra otra dimensión en esta vivencia de una mística en apariencia ortodoxa, y que aparece en sus versos con el mismo poder de convocación y asombro de aquella vivencia que ha cautivado a los lectores de *El cantar de cantares*: “Solía irse del cuerpo cuando amaba/ y entrar de siglo en siglo en cada hora./ El mundo le cabía entre las manos,/ alto el viento en la orilla del silencio./ Polvo estéril soplaba entre las flores” (107).

Hay que ser muy cautos, sin embargo, al acercarse al espinoso asunto de las relaciones entre mística y erotismo. El clásico texto de Georges Bataille continúa siendo un punto de referencia obligado en esta reflexión. Así, sostiene Bataille:

Hay similitudes flagrantes, o incluso equivalencias o intercambios, entre los sistemas de efusión erótica y mística. Pero estas relaciones sólo pueden aparecer con suficiente claridad a partir del conocimiento experimental de las dos clases de emoción. Los psiquiatras, es cierto, van expresamente más allá de la experiencia personal en la medida en que observan a enfermos, cuyos extravíos no pueden experimentar íntimamente. En realidad, al juzgar la vida mística sin haberla conocido reaccionan como ante sus enfermos. El resultado es inevitable: un comportamiento externo a su propia experiencia se presenta a sus ojos como anormal a *priori*; hay identidad entre el derecho a juzgar desde fuera que se otorgan y la atribución de un carácter patológico. Hay que añadir que los estados místicos que se manifiestan por trastornos equívocos son al mismo tiempo los más fáciles de reconocer y los que más de cerca se asemejan a la fiebre sensual. Conducen, pues, a la asimilación superficial del misticismo y de una exaltación enfermiza. Pero los dolores más profundos son los que no se manifiestan con gritos, y así ocurre con aquella experiencia interior de las lejanías posibles de ser que es la mística: a la experiencia avanzada ya no responden momentos “sensacionales”. Prácticamente, los estados que hubieran disuadido a los psiquiatras de un juicio precipitado no entran en el campo de su experiencia, sólo los conocemos en la medida en que los experimentamos personalmente. Las descripciones de los grandes místicos podrían en principio paliar la ignorancia, pero estas descripciones desconciertan en razón de su sencillez misma, no ofrecen nada que se aproxime a los síntomas de los neurópatas o a los gritos de los místicos “transverberados”. No sólo dejan poco lugar a la interpretación de los psiquiatras, sino que sus imperceptibles signos suelen escapar a la atención de éstos. Si queremos determinar el punto en que se ilumina la relación entre el erotismo y la espiritualidad mística, debemos volver a la visión interior, de la que prácticamente sólo parten los religiosos. (167-68)

Ocultismo y lenguaje

La sabiduría en la poesía de Obregón procede de una oscuridad luminosa, de lo innominado para el lenguaje conceptual, de una fuerza significativa que per-

mite que el tiempo se deshaga como principio de soledad y comunidad, en un movimiento doble y en apariencia contradictorio que le da a su propia enunciación, en una suerte de ocultismo de la escritura, uno de sus posibles sentidos. Esta dimensión, la de una poética del ocultismo, que atraviesa toda la obra de Carlos Obregón ha sido estudiada por Winston Morales Chavarro. Al respecto sostiene:

Una búsqueda sin geografía, una bandera sin territorio fijo, un himno sin comarca. Una poesía ubicada en un lugar del ser, en un espacio del espíritu, del Todo mayestático. Poesía escrita y diseñada para un hombre del ahora perenne, del Ya eterno, del Tiempo cósmico en donde no existen los ayeres ni los mañanas, donde no tiene cabida la apariencia de lo real y el verbo frágil de lo cotidiano. (64)

Un tiempo de lo Otro

El mar, el viento y el árbol, un árbol que une cielo y tierra, un árbol de raíces y tallos en apariencia invisibles, pero que resurge, verdecido, en la experiencia del poema son tres símbolos decisivos en esta poesía que pretende el cielo y vive en el tiempo, poesía del exilio y la soledad, dimensiones destacadas en uno de los textos más extensos que se han escrito sobre su poesía. En palabras de Víctor López Rache:

Ninguna obsesión tan arraigada en Carlos Obregón como la brizna de eternidad que vibra en el ser: el tiempo. Reconoció el tiempo como una materia inaccesible, pero ignoró sus poderes de depredador de todo lo existente para convertirlo en una experiencia humana, “en vano te buscaron desde antaño los dioses: Te bastó ser Vida para que el tiempo sólo fuese esto: un río que pasa”. Es una concepción inversa a aquella que afirma que la vida es un relámpago luchando contra la arrogancia de la eternidad. En Obregón la eternidad es una espuma que se puede aproximar a los labios —lo cual nos recuerda a Dios convertido en olor—. El tiempo ni siquiera es un concepto sin la presencia de la ‘Vida’, pues donde no hay existencia es inocuo y carece de medida. Y donde hay existencia se puede rebatir, ignorar, someter a juicio, al fin y al cabo, el tiempo es el hombre.

El tiempo fue su obsesión, no su motivo. Algunas veces fue un medio para liberarse de los caminos naturales, “la libertad de un viaje sin origen”; otras, para reconocer los obstáculos inherentes a la difícil obligación de vivir. Se ocupó del hombre de todo punto de la tierra y cualquier estado de los siglos, convirtiendo así la eternidad en un fluir vital sin ataduras en el presente. Esta forma de moldear su vivir poético nos induce a pensar que perdió la conciencia del tiempo de sus contemporáneos. Si fue así, ello le permitió apartarse de la versificación imperante para llevar la poesía colombiana a una dimensión universal. (14-15)

Esta experiencia de un tiempo Otro es explicada en estos términos por Winston Morales Chavarro:

[...] el poeta Obregón canta y funda un *Temps* que le sea más familiar, menos monstruoso — para los ojos de lo que perece—, más dadivoso con la materia, estético, poético si se quiere. Su percepción, por lo tanto, no posee limitaciones, separaciones, segmentaciones de orden “real”. El tiempo es uno solo; lineal —hacia atrás o hacia adelante—; circular —sin punto medio—; espiral —sin principio ni fin—; triangular —sin ángulos ni biseles—, pero siempre él mismo, íntegro, absoluto, lleno de vacío de oquedad, de resonancias:

Algo es el silencio y ya nadie podría soportar
La misma densidad que bruma
Perdida entre las puertas de la noche.

El más amplio destino está en el viento
Y el sueño son las rutas, los barcos que transitan
Entre las islas y su historia. La distancia destruida
Y los ojos abiertos hacia otra esperanza,
Peregrinaje austero de los primeros viajes,
Solicitud de las playas que esperan el retorno de un cuerpo,
Los pasos se hacen tiempo, murmullo entre las hojas.

Viaja: hoy comienza el abismo de tu propia nostalgia.

(*Distancia destruida*, Poema XVI) (57)

El árbol, el mar y el viento: tres símbolos centrales en la poesía de Obregón

El tiempo de lo Otro, connatural al de la poesía de Carlos Obregón, esa distancia destruida, abolida, vuelta del revés, en el oficio verdadero de la eucaristía profana que se celebra en el poema, tiene tres dimensiones simbólicas centrales, ya previamente enunciadas, la del árbol, el mar y el viento. La dimensión unitiva del árbol, que es simultáneamente espíritu y naturaleza, ofrece una forma de corporeidad viva del espíritu, oscuro y claro rostro de la realidad que se percibe como sobrenaturaleza, verde nutricio de las raíces, destellante conquista del vuelo claro en las ramas, oxímoron donde conviven fuerzas de ascenso y descenso, efluvios de un cuerpo que se hace uno en el espíritu, y aventura que lanza al contacto con un mundo ampliado, intensificado en la verdad del poema que es, de alguna manera, testimonio de una experiencia inefable, pero de la que se pretende dar cuenta en un esfuerzo donde las palabras no tienen una dimensión de moneda de cambio expresivo, sino que se convierten en huellas de una lucha,

una conquista o una perplejidad, hilachas de ropa que quedan entre las manos después de haber luchado con el Ángel.

Frente a esta dimensión unitiva que el árbol tiene en la poesía de Obregón, descubrimos la imagen sedente y totalizadora del mar, que es noche y fuente, realidad que permite el reposo y silencio completo, forma ingravida de permanencia y convocación al viaje, que es, también, disolución y reencuentro, en un desenvolverse de los nudos del espíritu que se hacen plenitud en un movimiento que no encuentra reposo. Vigilia y hallazgo, tiempo “horizontal y puro”, despojamiento, llamada, el mar de la poesía de Obregón, nos devuelve una imagen potenciada de aquella vida que el místico reconoce como propia, ya que lo lanza al descubrimiento de un centro que está en todas partes y en ninguna. Así, en este poema de *Estuario*:

Día tras día, el alma con la mar,
la noche en rumbo, esperaba
el vocablo de las fuentes, viajaba
por el espacio que en sus ojos se abría
musical hacia el alma.

Quizá era una plegaria lo que en él renacía
desde un fondo de fuego, desde otra ribera
como rosa que en la aurora se entrega
más allá del viento, donde el ángel combate.

Testigo de tu voz, contemplaba tu origen,
tu floración remota: de tan lejos venías
que en la noche te hallabas inclinada
a la luz y en gracia transformada
por un claro saludo de mar y de distancia. (88)

La potencia del viento, donde se cifra “el más amplio destino”, acompaña como el Paráclito el recorrido de este espíritu errabundo, y en un proceso de síntesis apretado que se realiza en las tierras rojas de Ibiza, o en el “Mediterráneo mar de mi deseo”, gracias al “advenimiento del fervor vegetal”, aparece cerrando el círculo en este recorrido que le permite al cuerpo habitar en un mundo intensificado por el Espíritu, en ese encadenamiento de versos que nos hablan de un mundo donde el lugar de la enunciación pareciera simultáneamente deshacerse y crearse en una suerte de operación alquímica que le devuelve al lenguaje su sentido primigenio de nombrar y deshacer aquello que ha nombrado. La flor, que es “fuente escondida de la ola que avanza / y la espiga que crece”, convocada por la “pleamar del día” y el “viento oscuro”, nos ofrece

en este movimiento panteísta de la poesía de Obregón la imagen de un mundo marino que nace del “fervor vegetal” de la flor, la espiga, la hoja leve y el árbol, que son vigilados por una roca de las desérticas y duras tierras de Ibiza y Deyá, imágenes del mundo austero del Espíritu que la poesía de Obregón convoca:

Tan sólo el mar en la pleamar del día,
el viento oscuro próximo al sentido
desnudo en la avidez con que miramos
la hoja leve, la roca que vigila
huída la pupila tras el río
que emerge desde el fondo y en el alba
encuentra lo que ha sido

Tan solo ahora y su flor nacida
en alabanza, en salve de colores,
fuente escondida de la ola que avanza
y la espiga que crece. (64)

Mirar o no mirar: el dilema del místico

El asunto de la mirada y la ceguera, aquello que el místico ve, lo que parece ser una negación del mundo sensible, es uno de los asuntos que más difícil hacen el acercamiento a la obra de Obregón. Ese mundo, donde el árbol, la hoja, la roca, el mar, la espiga, el viento le dan su razón de ser a la contemplación asombrada del poeta, parece ser borrado en un solo golpe de mano, merced a la necesidad de hacerse uno con Dios, destruyendo el mundo para luego recomponer aquello que ha dejado de ser, en una suerte de bendición profana de la realidad. Versos definitivos y que obligan a una torsión del horizonte habitual de comprensión son los que nos ofrece este místico en su viaje. Los dos poemas citados a continuación nos hablan de este proceso de mirada y ceguera, apertura al mundo y negación de los sentidos, en un capítulo que no casualmente tiene por título “Días del monje”:

Te escucho cuando rezo.

En ti crezco y avanzo.

Pero no sé si es el umbral
o el fondo de tu noche.

Estoy en ti como un río bajo el viento
y mis ojos conocen el fuego de tu abismo. (74)

Lo que veo es muy sencillo.

Pero lo que no veo
es aún más sencillo.

Desde tu hondura veo
contra la noche
un ciprés y una rosa.

Y lo que no veo
solamente es tu hondura.

Me hiciste monje
para cerrar los ojos. (75)

Una difícil síntesis: ¿misticismo sin fe?

Uno de los asuntos recurrentes en la poesía de Carlos Obregón, el “advenimiento del fervor vegetal”, le da un cuerpo a esa pregunta nunca formulada en términos conceptuales que se debate con insistencia y reclamo en el fondo de estos versos honestos y plenos de sentidos múltiples, transidos de una expresión que pretende el grito pero se convierte en un himno que se repite por lo bajo. Mundo natural y espiritual conviven en la imagen del árbol, que tercamente aparece en la poesía de Obregón. Raíces o ramas, descenso del verde a la oscuridad de la tierra, o luminoso desafío de un esplendor sin fisuras, el árbol se encuentra en ese espacio donde el silencio se hace lenguaje, comunicando aquello que apenas puede ser dicho, ese “no sé qué” de la poesía de Juan de la Cruz, al permitir el tránsito de lo más bajo a lo más alto, despojando a las palabras de cualquier forma de vacuidad, para hacerlas significativas y dotadas de un sentido que parece escapársenos a cada instante, y que se recompone en el hecho mismo de la comunión de estas palabras con lo indecible. El reino vegetal es, entonces, mensajero, vínculo entre arriba y abajo, naturaleza y espíritu, pero también expresión de la libertad más absoluta, la que busca el místico en estado salvaje. Así, en este poema de *Distancia destruida*:

XXIV

Entonces liberados de toda lejanía podremos saludar
el advenimiento del fervor vegetal
que con el verano descubre los vestigios ciegos
de una ciudad sumergida en el sueño del río
o la muchedumbre de esbeltas voces

que ascienden por los árboles hasta tocar las nubes
 como una inmensa llamarada verde que se agita
 desde el fondo más secreto de la memoria del mundo
 abriendo entre las estrellas y la ausencia
 claustros sin fondo, vivos en el lenguaje
 que crece en todas las raíces.

Alianza de los bosques,
 horas y cuerpos que se escapan
 hacia otras islas redimiendo
 la extensión impalpable del silencio,
 la libertad de un viaje sin origen.

La noche no tiene pilares ni riberas:
 cada paso avanza en el amor de un cuerpo
 sin que la mirada conozca su destino,
 sin que la conciencia logre integrar el espacio dividido,
 sin que la luz defina el rumbo de los días.

No basta sumergirse en el vocerío de la selva
 o que los potros traigan desde el alba
 el clamor de otros campos:
 cada instante nos abre las puertas de un desierto
 en el que el ser se hace ausencia
 cielo entre una garra, voz de asombro y de abismo
 perdida en la espesura como un ave en la sombra.

Ibiza, tierra roja,
 siglos que duermen entre los blancos templos
 donde el silencio reza la oración del exilio,
 donde los días viajan santamente en sí mismos
 colmando la esperanza con la historia del viento,
 isla que se abandona en el mar que la nombra,
 despojada y señera como simiente viva. (33)

López Rache sostiene que el poder que anima la poesía de Obregón es el de un místico sin fe, posición extrema en mi opinión, ya que desconoce los vínculos leves que desacralizan y sacralizan el mundo en esta poesía de la inmanencia. Sin embargo, vale la pena traer sus palabras a cuento:

Si leemos con atención su poesía, Carlos Obregón es un místico sin fe: “quizá el ciego muere en la casa del río/ y su perro, en el huerto, huele a Dios sin saberlo”. Por una parte, le concede un alto don al animal y, por otro lado, baja a Dios a la condición de un olor, y sólo la materia produce olor! Gracias a esta sutileza, no en pocas líneas, encontramos un refinado humor.

“Tensa es la noche donde Dios la enciende”, escribe para recordarnos que él es un poeta de la oscuridad terrenal, más que de la luz eterna. (13)

Lo que advierto como dudoso en la argumentación anterior es establecer una incorporeidad de la naturaleza divina, una transformación del mundo natural en un proceso de espiritualización aséptica, que considero muy lejana del mundo de la poesía de Obregón. Por el contrario, su poesía se alimenta de una forma de corporeidad mística, de sensualidad luminosamente traspasada por el espíritu que parece darle su sentido más original a estos poemas. Así, en estos versos de *Estuario*:

¡Dónde está el recinto dorado del olvido,
la paz inhabitada de las fuentes? ¡Dónde
el espacio? No el del bosque o el vuelo,
el que el ángel rescata de las brasas
con sus manos unguadas, el que duerme
en el vértice. Nadie vive más allá
de las líneas derrotadas del mundo:
lo que ven nuestros ojos no es contorno
perenne: es instante. Así el tiempo
en los ojos retarda la plegaria,
pero un lejano otoño redime, madura
otro lenguaje menos transitorio,
más humilde, más casto y en su luz
de colmena ofrecida a veces se vislumbra,
yerma y azotada, la santidad de un árbol. (130-31)

La luz de colmena del mundo natural, redimida por un lenguaje definitivo, esencial, de lo “menos transitorio”, la santidad “yerma y azotada” de un árbol, son imágenes que nos hablan de esta vocación de purgación y aislamiento del mundo, tanto en una vía mística tradicional que vuelve a ser significada merced a una torsión metafórica atrevida en esta poesía, gracias a la aparición de este lenguaje humilde y casto, hecho naturaleza, como en una mística que no puede renunciar a la corporeidad sin traicionarse.

El sentido salvífico de esta poesía no puede hacernos olvidar que Obregón tomó el camino del suicidio, y alcanzan a darle su dimensión de trágica tensión a este desenvolverse de una contradicción fundamental, esta manera exaltada de percibir la realidad y los profundos vínculos entre las cosas del mundo, para luego negarlo todo. No la mano de Dios, sino una transida y desesperada decisión

propia, llevó a Carlos Obregón a quitarse la vida el 1º de enero de 1963, como si esos versos fulgurantes lo hubieran marcado desde un ámbito que él mismo apenas entrevió, y que canta en su despedida del mundo: “espuma blanca de la espera / tersura florecida / ante los ojos / ciegos” (56). ❧

Obras citadas

Bataille, Georges. *El erotismo*. Barcelona: Tusquets, 1992.

López Rache, Víctor. “Terrible navegar en el asombro”. Prólogo a *Estuario* de Carlos Obregón. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004.

Morales Chavarro, Winston. *Poéticas del ocultismo en las escrituras de José Antonio Ramos Sucre, Carlos Obregón, César Dávila Andrade y Jaime Sáenz*. Bogotá: Trilce, 2008.

Obregón, Carlos. *Obra poética*. Bogotá: Procultura, 1985.